

JOSE FRANCISCO MORALES DOMINGUEZ

*Profesor Adjunto de Psicología Social, en la Facultad
de Ciencias Políticas y Sociología
De la Universidad Complutense de Madrid*

LA CONDUCTA SOCIAL COMO INTERCAMBIO

PROLOGO

Es creencia generalizada entre los estudiosos de la Psicología Social, que su campo de estudio está atravesando una situación de crisis. Existen discrepancias respecto a la naturaleza de la misma, o de los posibles caminos para superarla. Pero en lo que sí parece existir considerable acuerdo es en el hecho mismo de la crisis.

En estas circunstancias, el mantenimiento de una actitud de "business as usual", de continuado desarrollo del quehacer científico convencional, resolviendo los concretos puzzles que eventualmente puedan presentarse dentro de cada uno de los distintos enclaves teóricos, no parece la estrategia más adecuada a seguir. Es necesario volver sobre los supuestos básicos, teóricos y metodológicos de cada uno de esos enclaves, valorar sus pretensiones, aquello que supuestamente nos va a explicar y lo que realmente nos explica; en definitiva, adquirir una conciencia lo más clara posible sobre el alcance real y las limitaciones de la práctica científica concreta, de la lógica en uso —como diría Kaplan—, de las corrientes teóricas más significativas de la disciplina.

Esta involución reflexiva, de crítica introspección y autoconsciencia, que temporalmente nos aleja de la investigación empírico-concreta, no está exenta de riesgos, de los peligros de la vuelta a las disquisiciones escolásticas y en exceso especulativas, o de la indecisión paralizadora. Pero es, sin duda, un riesgo necesario para poder orientarse con un sentido crítico y potencialmente superador del actual estado de cosas de la Psicología Social. Es, por lo menos, una de las tareas necesarias a emprender antes de embarcarse apresuradamente en programas de investigación originados al socaire de la disponibilidad de unos recursos condicionantes, de las urgencias del poder, o de cualquier otro oportunismo empirista al uso. Se trata de una tarea que concede de entrada la primacía a la teoría, a la reflexión crítica, frente a los ritualismos tecnicistas tan ideológicamente confundidos como lo distintivo de la investigación social por quienes dudan en insertarla —e insertarse a sí mismos— como elementos subalternos del poder y no de la verdad.

Antes, pues, que el inicio de las investigaciones empírico-concretas en el seno de un paradigma en crisis, es prioritario a mi juicio valorar detenidamente, desde nuestra propia perspectiva, las distintas orientaciones teó-

ricas en cuya confrontación se ha ido perfilando la actual situación de la Psicología Social.

Es en este contexto en el que adquiere pleno sentido el trabajo del Pr. Morales Domínguez sobre las teorías del intercambio. Su libro explora con detalle los últimos desarrollos de este enfoque de la teoría social, que en los últimos veinte años ha registrado un notable ímpetu expansivo, a pesar de que los supuestos utilitaristas en que se fundamenta ya habían recibido su acta de defunción en *La estructura de la acción social* de Parsons, como recientemente ha señalado Zelditch.

En no poca medida, la expansión de este marco conceptual en la Sociología y la Psicología Social se ha debido a la persistencia de los supuestos hedonistas y utilitaristas en la Psicología de la Conducta y en la Economía, cuyo estatuto "científico" parece más sólido que el de los otros campos de las Ciencias Sociales.

La pretensión de extender a los distintos aspectos de la conducta social humana los principios básicos en que se asientan las teorías del refuerzo, por una parte, y del mercado, por otra, con el fin de conseguir un grado de formalización y capacidad predictiva comparables, es lo que constituye el núcleo común de las distintas formulaciones que suelen incluirse bajo el rótulo genérico de teoría del intercambio social. Se trata, pues, de un enfoque cuyo repertorio conceptual y cuya lógica explicativa proceden fundamentalmente de la Psicología y de la Economía, aunque su extensión a la Sociología se haya producido en gran medida a través de la tradición antropológica. De este modo, conceptos tales como recompensa, refuerzo, rendimiento, beneficio, coste, etc., son los términos en que se formulan las proposiciones básicas de esta orientación.

A partir de las aportaciones de Thibaut y Kelley, Homans y Blau, ampliamente analizadas en distintos capítulos de este libro, se han ido derivando y avanzando hipótesis concretas aplicadas a la explicación de fenómenos tan alejados entre sí como las relaciones amorosas, las relaciones de influencia política, o las relaciones interdepartamentales en el seno de una organización. De igual modo se han ido produciendo extensiones o modificaciones de los esquemas iniciales que, como en el caso de Emerson, suponen la posibilidad de hacer frente a algunas de sus críticas. De todo ello nos proporciona una descripción puntual y detallada el Pr. Morales.

Pero el autor no se limita a un minucioso análisis de los puntos de vista que configuraron inicialmente esta corriente de pensamiento en la teoría sociológica, y de sus desarrollos más significativos, sino que lleva a cabo en su trabajo una revisión muy completa y actualizada, casi exhaustiva, de la literatura aparecida en torno a la misma, así como de las investigaciones empíricas que la han adoptado como marco conceptual. Por eso su

trabajo va a constituir una referencia obligada para aquellos que quieran introducirse sistemáticamente en el tema, o para quienes vayan a estudiarlo en profundidad.

Por otra parte, la exposición y análisis crítico de las teorías del intercambio conlleva necesariamente el tener que adentrarse en toda una serie de cuestiones de permanente actualidad en la teoría sociológica y psicosociológica. Así los problemas referentes al nivel de análisis, del reduccionismo y, en general, de las relaciones entre Psicología y Sociología. Problemas de fondo que, nos guste o no, nos retrotraen a cuestiones fundamentales a las que nos vemos obligados a volver en momentos de desorientación y crisis, y cuyo análisis resulta especialmente comprometido desde la perspectiva de la Psicología Social, puesto que en el modo de resolverla se dirime en gran medida el estatuto científico de ésta. El autor es plenamente consciente de ello y va sorteando con gran habilidad y astuta perspicacia los riesgos a los que podrían conducirle un pronunciamiento o resolución apresurados.

Son muchas las polémicas y críticas que las teorías del intercambio han desencadenado en los últimos años. Y aunque la intensidad del debate haya descendido, hay indicios de que continúa en pleno vigor. A ello contribuirá, sin duda, y de ello proporciona abundante información, la presente monografía, cuya consideración ha sido el motivo inmediato para anotar de pasada las concisas reflexiones que siguen.

Una primera observación se refiere a los supuestos ideológicos en los que se asientan estas teorías, es decir, su metateoría. En alguna parte del texto, el Pr. Morales descarta algunas críticas a las teorías del intercambio por considerarlas "externas", es decir, por no afectar centralmente a sus predicciones concretas. Así, por ejemplo, la acusación de psicologismo efectuada por Denzin, Lindesmith y Strauss es considerada como externa. Imagino que el análisis ideológico de las teorías del intercambio también sería considerado como externo. Ahora bien, poner de relieve las concordancias o simetrías entre los supuestos básicos de una teoría y la estructura de intereses de una determinada situación social puede arrojar mucha luz sobre el contexto más amplio en que es utilizada como instrumento de explicación e interpretación, sobre su conexión con determinadas preconcepciones de la realidad social y su actitud práctica, sobre su función no ya sólo en el ámbito, aparentemente independiente, de la intersubjetividad científica, sino de la sociedad en general. Ya Allport advirtió sobre los ingredientes ideológicos de las teorías psicosociológicas, al referirse precisamente a los padres intelectuales de los teóricos del intercambio. Y más recientemente, y de modo más sistemático, Buss, al aplicar la perspectiva de la Sociología del conocimiento a la Psicología. Pues bien, creo que un análisis más dete-

XII Prólogo

nido de este tipo hubiese proporcionado un encuadre de mayor alcance a este, ya de por sí, excelente trabajo, acentuando algunas de las limitaciones de los planteamientos teóricos del intercambio ya apuntadas por el propio autor.

Pero el interés por señalar los supuestos ideológicos se deriva, obviamente, de sus implicaciones sustantivas, es decir, de las implicaciones referentes al modelo de hombre al que se atienen, modelo coherente con el economicismo individualista subyacente a, y legitimador del sistema capitalista. En este sentido, el libro de Archibald muestra convincentemente lo que quiero señalar, no sólo por lo que respecta a las teorías del intercambio, sino a la Psicología Social en general.

En segundo lugar, y en línea con lo anterior, conviene indicar que un rasgo significativo de las teorías del intercambio, y en el que quizás se hubiese podido hacer mayor hincapié, es su naturalismo ahistorizante, resultado de un hedonismo y utilitarismo refinadamente actualizados a través de la Psicología operante y la teoría económica. Es indudable que la Sociología y las ciencias sociales en general necesitan de una Psicología en la que fundamentar sus propias premisas. Pero no creo que sea precisamente el modelo de hombre que nos ofrece el conductismo skinneriano el que mejor se adapte a esa necesidad. Un tipo de Psicología cuyas leyes sean válidas para todos los organismos, puede que sean las más generales y abstractas, pero precisamente por ello también puede que sean las más irrelevantemente válidas para entender y explicar en toda su complejidad aquello que caracteriza específicamente la conducta humana. No se trata de oponerse a la idea de que el hombre busca recompensas, o refuerzos (o el placer); ni de que intentará evitar los castigos o minimizar los costes; ni de que en sus relaciones con los demás intentará maximizar esas recompensas; ni de que, en última instancia, como ya nos advirtió Hobbes, buscará el poder para asegurárselas. De lo que se trata es precisamente de comprender y poder dar razón suficiente de por qué y cómo algo ha llegado a convertirse en una recompensa, en un valor, y de por qué y cómo ha llegado a serlo para unos grupos y no para otros, en unos determinados períodos históricos y no en otros. ¿Cómo y por qué llegan a experimentar y concebir los hombres algo como recompensa, a sentir algo como necesidad? ¿Y cómo se estructura la jerarquía de esas recompensas? ¿Dependen sin más de su aparición natural, espontánea y uniforme en individuos despojados de su historicidad, de su pertenencia a contextos socioculturales concretos?

Es claro que preguntas de esta naturaleza serían muy difíciles de abordar desde un marco conceptual como el que nos propone la teoría del intercambio social. Si, como ha dicho Bertalanffy, el hecho fundamental de la antropogénesis es la evolución del simbolismo, las teorías del intercambio no

toman debidamente en cuenta este hecho fundamental, al adoptar como punto de partida los supuestos de una Psicología excesivamente naturalista. Que sea posible una convergencia con otras corrientes, como ha sugerido Singleman respecto del interaccionismo simbólico, o como lo han intentado Gergen, y McCall y Simmons, por ejemplo, es otra cuestión. Ante estas observaciones críticas, no obstante, siempre sería posible argüir desde la teoría del intercambio, que todas las variaciones culturales, todos los simbolismos, no son más que complejos artilugios que, a través de las múltiples formas del intercambio social, están subordinados a la obtención de recompensas y a la evitación de castigos o costes, a la satisfacción de los valores y necesidades "básicas" de los individuos.

Independientemente de que tal suposición sea o no válida empíricamente, es claro que, por una parte, permite siempre una explicación *ex-post facto*, redefiniendo los términos de recompensa, valor, etc., según proceda, adquiriendo ese tipo de razonamiento un fuerte carácter tautológico, y, por otra, no permite conceptualizar los elementos simbólico-normativos inherentes a la realidad humana, individual y colectivamente considerada, con lo que su subordinación funcional a supuestas tendencias "primarias" resulta un tanto apresurada. Del macrofuncionalismo parsoniano, frente al que se configuran con pretensión de ser una de sus alternativas, las teorías del intercambio nos introducen en un microfuncionalismo psicologista.

Es, no obstante, en este descenso al nivel de análisis individual, de un individuo genérico y asocializado, en lo que Gouldner ha podido ver una convergencia positiva de la teoría del intercambio (Homans especialmente) con otras perspectivas teóricas. En este sentido señala que, "a pesar de su psicología conductista, Homans coincide con Goffman y Garfinkel en asignar un papel activo a los hombres como constructores y actores en las estructuras sociales, y no sólo como sus receptores y transmisores". Y ello a pesar de las distintas tradiciones intelectuales con las que conectan sus respectivas posiciones y sus distintas concepciones sobre la ciencia y el método científico.

Pero esta convergencia es sólo indicativa del énfasis psicosociológico de algunas de las alternativas al funcionalismo, no de sus afinidades en lo referente a supuestos o conceptos básicos. En cualquier caso, es ese carácter psicosociológico de las teorías del intercambio lo que define su enfoque y, en gran medida, la problemática empírica de la que se ocupan. Es esa también una de las razones por las que el Pr. Morales se ha dedicado a estudiarlas en profundidad.

Estas breves observaciones iniciales creo que son suficientes para poner de relieve la amplitud de los problemas que se abordan en su libro. En tanto que constituye una actualizada exposición y enjuiciamiento crítico de las teorías del intercambio, su trabajo es también una valiosa introducción

XIV Prólogo

a algunos de los problemas básicos que tiene hoy planteados la Psicología Social. Si bien la necesidad de explorar todo este territorio teórico desde sus propias premisas, desde dentro mismo de los esquemas e instancias del paradigma convencional, y en un latente y medido diálogo con ellos, han moderado sin duda el alcance de sus conclusiones, su aportación constituye no obstante una sugestiva incitación a proseguir trabajando en esa dirección. Porque es desde una sistemática y crítica reflexión teórica y desde una metodología que respete la naturaleza de la realidad que pretendemos estudiar, desde donde es necesario partir en la actual situación de la Psicología Social. En ambas direcciones ha mostrado ya el Pr. Morales su aguda penetración y su fina sensibilidad. Poder dar testimonio de ello no sólo es motivo de gran satisfacción para mí, sino que reafirma nuestro ya largo y amistoso diálogo en torno a "la razón psicosociológica".

José R. Torregrosa